

Una oportunidad que se pierde

PEDRO FERNAUD

Los Presupuestos Generales del Estado siguen impertérritos —como diría Miquel Roca—; su trámite parlamentario, sin que el gran público les preste la debida atención, atronado por la horripilante traca de escándalos financieros y políticos que afligen el país. Estos Presupuestos para el próximo ejercicio de 1995 pueden abortar la incipiente recuperación de la economía española.

Según el influyente Instituto de la Empresa Familiar, estos Presupuestos son continuistas, no atajan el déficit público, no confieren credibilidad al plan de convergencia actualizado y aumentan la presión fiscal sin contraprestaciones en las inversiones en

infraestructura que mejoren la eficiencia del país. Son Presupuestos expansionistas que no afrontan las verdaderas causas del desequilibrio económico, como son la excesiva cuantía de las prestaciones sociales (21 por ciento del PIB) y las ayudas estatales (5 por ciento del PIB). Son Presupuestos electoralistas con la vista puesta en los comicios locales y autonómicos de mayo del 95.

Con estos Presupuestos, nada garantiza que no se produzca —a mitad de ejercicio— una elevación del índice de precios al consumo o de los tipos de interés superior a lo estimado. Esto genera desconfianza entre los empresarios a la hora de programar sus activi-

dades. El Instituto de la Empresa familiar se lamenta de que se desaproveche la fase de recuperación económica para iniciar un recorte del gasto público ineficiente y superfluo y una reestructuración del sistema fiscal que impulsen una economía competitiva de cara a los próximos diez años.

Lo curioso es que el subsecretario de Economía, Alfredo Pastor, proceda de las filas y de la filosofía económica del Instituto y que estos Presupuestos lesivos para la economía productiva española cuenten con el aval de Pujol. Esto es un caos al servicio de la supervivencia política a cualquier coste del inquilino de la Moncloa.

Quesada



Entre paréntesis

Raúl

LUIS MEANA

Está el madridismo con Raúl como el franquismo con La Lora en Burgos: como si hubieran encontrado petróleo en paraje tan desierto. Sale el retoño al campo y el estadio se vuelve un rugido, pues el hambre y la esperanza hablan siempre con idéntica sintaxis: el rugido. Sale el niño al campo y la familia —pobre— se figura ya montañas nevadas, banderas al viento, ve una Capilla Sixtina del fútbol, la fórmula de la relatividad de Einstein; en una palabra, una nevera llena de langostas, el fin, por fin, de la miseria. Hay

en toda esa veneración boba del niño niñato algo fascista, pues el fascismo fue el primero que endiosó a los jóvenes sólo por serlo. Se refleja también en todo eso una sociología capitalista de la genialidad que cree en el talento; como la energía, puede recrear todo entero cada día sin mayor esfuerzo: el niño artista que se sale de la tabla, el niño que rompe todos los moldes; en una palabra, la fuente inagotable del talento, que es una pérdida mentira. Tiene el madridismo tan interiorizadas las últimas angustias que ve hombres hechos y derechos donde sólo hay niños púberes, que ve arte donde sólo hay pinceladas de talento, lo mismo que al franquismo, tardío y decadente, le salían por todas partes Joselitos y Marisoles que, más que una realidad artística, eran las mentiras de los propios sueños. Olvida todo este madridismo tardío y de engaño que el niño —Raúl— lleva en el apellido malos ecos: se apellida Gonzá-

Ha habido ya en el Bernabeu demasiados niños prodigio

lez, como Michel, quien también iba para futbolista asombro de Europa y se ha quedado en una gominola de gran Gatsby y en una chulería de mediocre; lleva además el mismo apellido que don Felipe Márquez, niño también genialoide que iba a llenar España del semen creativo socialista y, al final, lo ha llenado todo de un horterismo palomínico de mucho pelotazo; olvida también el madridismo que hubo otro niño prodigio —el Buitre— con el que se le caía la baba al estadio y que ahora es una especie de fantasma que sale, de tarde en tarde, de la tumba a dar un paseo por la hierba y produce pena. Lleva el madridismo en su crisis, que es la crisis de España, que es la crisis de quien piensa que puede haber gran producción por un don católico del cielo, una tendencia a embelesarse con el niño prodigio que se queda en nada, lo mismo que el padre, frustrado, tiende a ver, gratuitamente, en los rayones del hijo al Picaso que va a sacarle, para siempre, de su última miseria. Ha habido ya en el Bernabeu demasiados niños prodigios —Morales, Pardezas— que se evaporaron, porque la afición es presa ya de sus propios fantasmas. Salen pocos genios y los pocos que salen brotan del tronco de la tradición y no del sueño. Lo otro son explosiones meteóricas que iluminan una tarde el firmamento y luego se apagan con el mismo artificio. Pero el Madrid hace ya mucho que vive de estas explosiones fatuas de su propia indigencia. Mendoza o la sociología mentirosa de los genios.

Cartas

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES

A caban de entregarme un viejo legajo que contiene una abultada serie de cartas de un antepasado. El papel huele a rancio y presenta un color amarillento. La letra es hermosa. Y el contenido, estremecedor. Las cartas venían envueltas en una gruesa cinta enlazada que también acusa el paso del tiempo.

Confieso que, con independencia de lo que se dice y se cuenta en los entrañables papeles, el propio legajo me ha conmovido. Se diría que es una especie de valioso tesoro infrautilizado, condenado durante décadas a pasar inadvertido. Y este abandono es lo que le ha dado valor, lo que lo ha convertido en algo más que un mero

testimonio individual. Como si el legajo hubiese tomado forma de mensajero y trajese ante mí las experiencias epistolares que he venido conociendo hasta el momento. Porque una parte nada desdeñable de la literatura nos ha sido confiada en forma de cartas. A veces, eran un mero artificio literario para componer novelas. Recurso magistralmente explotado por Valera y por De Laclós, entre otros muchos. En otras ocasiones, las cartas escritas por los grandes literatos, publicadas generalmente con carácter póstumo, tenían el sello indiscutible de lo que se conoce como obra maestra. La «Correspondencia» de Flaubert tal sea el más ilustre ejemplo del género.

Pero lo más apasionante es que las cartas son, por lo general, confesiones, diarios íntimos que se escriben al socaire de un interlocutor que sirve de pretexto para soltar esas declaraciones a menudo sobrecogedoras.

Nunca me lo había planteado en estos términos, pero lo cierto es que apenas hay diferencia entre una correspondencia y un diario íntimo, excluyendo los protocolos y las formas. Porque los diarios íntimos no dejan de ser cartas y a su vez las cartas no dejan de ser diarios íntimos. Sólo cambia que los diarios no tienen un destinatario individual. Mientras que con las epístolas sucede lo contrario: a través de un destinatario individual se pretende dejar un mensaje

no sólo a la posteridad, sino también a la colectividad, conceptos que se estrechan o se dilatan según los casos y las cosas.

El encuentro con el legajo me ha venido a coincidir con la lectura de Nietzsche. Horas antes de tener las viejas cartas en la mano, había estado leyendo «cartas» escritas por la dueña de «La casa Wagner» al impulsivo pensador alemán. No era muy distinto lo que le manifestaba en las cartas a lo que la propia Cosima anotaba en su «Diario». Aquella mujer sabía que, en uno y en otro caso, escribía para la posteridad. Posiblemente se imaginaba que le correspondía el sagrado deber de dar el testimonio directo de los pasos que precedían y sucedían a



cada nota compuesta por el maestro y a cada «martillazo» filosófico de Nietzsche. Hacía, en suma, un maravilloso juego de auténtica malabarista entre lo íntimo y lo público. En forma de preciado y precioso secreto informaba a gritos al futuro de los pormenores de una de las relaciones artístico-intelectuales más fecundas y contradictorias que ha parido nuestra civilización en los últimos siglos.

Es un desatino el destino de las cartas. Arrinconadas y olvidadas en las vidas privadas, pero al mismo tiempo encumbradas y exhibidas en la memoria colectiva y en la cultura, que es la más universal de las creaciones humanas. A veces, también las cartas son regalo de dioses.